

# ANA

Érase una vez un reino con un rey, una reina y un príncipe. Yo era la mensajera de aquel reino y ese día estaba muy nerviosa. Tenía que entregar una carta para la princesa. Ya sé que antes no mencioné a la princesa, a mí también me sorprendió al principio, pero no le concedí demasiada importancia, una no puede enterarse de todo.

Llegué al Castillo y lo primero que vi fue a una criada limpiando el suelo del gran vestíbulo. Cuando llegué a la sala de audiencias pregunté por la princesa, nadie sabía a quién me refería. Hubo que preguntar al rey. Cuando la supuesta princesa se presentó ante mí no pude ocultar mi asombro, ¡Era la chica del vestíbulo! Era increíble, había visto a chicas de clase social más baja que ella vivir sin saber lo que era un trazo. Le entregué la carta y salí de allí en silencio, pero por dentro me repetía a mi misma que no iba a quedar así, que llegaría al fondo de aquel misterio.

Al día siguiente, al amanecer, me volví a presentar en el Castillo y pregunté otra vez por la princesa. Esta vez no hubo tanto revuelo; se veía a la gente extrañada, pero el rey no quería hablar de ello y nadie se atrevía a cuestionar su autoridad. La volvieron a presentar ante mí y esta vez le pregunté si podía hablar con ella, con su consentimiento claro. La princesa aceptó enseguida y, cuando nos dejaron a solas fue ella la primera en hablar. Me preguntó por qué había vuelto, y le contesté que nunca había oído hablar de la princesa y que quería saber más acerca de ella. Pareció enormemente aliviada y me contó su origen sin preguntar nada más, parecía contenta de tener a alguien con quien hablar por fin.

Empezó a relatarme su historia: "por lo que tengo entendido, el rey no era el legítimo dueño de la corona, sino que lo era su hermano mayor. En este reino los herederos compiten por el trono. El actual rey quería el trono a toda costa, por lo que pidió ayuda a un hechicero que accedió a ayudarlo siempre y cuando le devolviera el favor al llegar el momento y lo ató a una maldición.

Pues bien, el favor devuelto era yo. Años más tarde, cuando el rey ya poseía el trono, me encontraron en la puerta del palacio con una carta del hechicero que explicaba que yo era su hija, que lo estaban persiguiendo y que posiblemente no volvería. Que yo no poseía el don de la magia, que tenía derecho al trono y que no podía hacerme daño ni dejarme ir antes de la mayoría de edad. Una antigua maldición ata al rey a mí, Ana. Esta historia sólo la he contado dos veces en mi vida: la primera a la anciana que escribió la carta que me enviaste, en ella me incluía en su testamento, por lo que cuando la recibí supe que había muerto y la segunda vez es esta misma..." La carta no decía como tenía que cuidarme así que, aunque tenía derecho al trono y se me podía considerar una princesa, el rey me trataba como una criada.

- Por favor ¿puedes ser mi amiga? - añadió la princesa.

Había tal tono de súplica en su voz que no pude decir que no. Y así empezó la amistad más larga, verdadera, hermosa y extraña que he tenido nunca.

Visitaba a Ana a menudo y así descubrí su cuarto, el más pequeño del Castillo y aun así, decorado de una manera que envidiaría la más mimada de las princesas. Tenía una cama con dosel supe cómoda adornada con unas sábanas tan suaves como calentitas. Según me contó Ana más tarde ese había sido el legado de la anciana, que se había conmovido viéndola dormir en un camastro duro, con unas sábanas ásperas. Las paredes eran de azul oscuro y ella misma se había encargado de decorarlas con estrellas de papel. Tenía una estantería llena de libros, que había comprado con el dinero que ganaba trabajando fuera del Castillo. Tenía un escritorio con pluma y papel listos, sobre el que dormía una preciosa gata de color blanco, ambas cosas legado de la anciana. Pero la posesión más bonita y preciada para Ana era una piedra de río ovalada de color turquesa semitransparente. Ana me contó que era lo único que habían encontrado en su cuna, además de la carta y ella misma. Antes de entrar me hizo prometer que no diría nada a nadie para que no se enterara su hermano, el príncipe Kevin.

Así me enteré del problema que tenía Ana con su "hermano", el príncipe Kevin. La maltrataba desde muy pequeña pegándole, rompiéndole las cosas e insultándola... Por la misma razón por la que la obligaban a limpiar. Sus padres no hacían nada al respecto. Así Ana se había acostumbrado a mantener todo lo que conseguía o hacía en secreto para que Kevin no se lo quitara, o la insultara o pegara por ello.

A veces salíamos de excursión. En una de esas escapadas visitamos el puerto. Todo iba como la seda hasta que vi una cabeza de pájaro dorada asomando de un barril. Pensé que me había vuelto loca, hasta que le pregunté a Ana. Ella se emocionó muchísimo y me dijo que no olvidara esa cara. Pensé que aunque no lo hubiera dicho, nunca la hubiera olvidado. Entonces me explicó que en los reinos de ese lugar no se escoge al futuro rey por edad o sexo, sino que se les somete a una prueba. El pájaro que yo había visto era el legendario fénix dorado, símbolo de la fortuna y la prosperidad, cosa que todos los lugareños querían en el nuevo rey. Para conseguir el trono los hermanos herederos

competían para encontrar el fénix. Entonces entendí la importancia de lo que había visto, pues le daba cierta ventaja a mi amiga en la prueba.

Y llegó el gran día. Los participantes podían escoger un amigo para que les ayudara. Me sentí muy alagada, pues Ana me escogió a mí. Cuando dieron la salida nos dirigimos rápidamente al puerto, pero hacía tiempo que Kevin y su mejor amigo, Oscar, sospechaban de nosotras así que nos siguieron. Desgraciada y afortunadamente a la vez el fénix no se encontraba allí. Empezamos a buscar por todo el reino siempre con Kevin y Oscar pisándonos los talones. Cuando conseguimos despistarlos, nos sentamos a descansar junto a un viejo barco abandonado, encallado en la playa. Y entonces lo vimos, el fénix de oro estaba semiescondido en la proa del barco. Nos dirigimos hacia allí y, cuando ya estábamos juntos a él se volvió hacia nosotras y tocó la frente de Ana y todo el barco se volvió dorado. Empezó a navegar a toda velocidad hacia el lugar donde nos esperaban los reyes, un poco más allá del puerto. Cuando llegamos allí los reyes

estaban hablando con sus ministros. Esperamos, sentí un empujón y caí violentamente al agua. Detrás de mí cayo Ana. Vimos a Kevin y a Oscar subidos al barco justo cuando los reyes dejaron de hablar y prestaron atención a su nuevo heredero.

Intenté contarles lo del empujón a sus majestades, pero estos sólo escuchaban la versión de Kevin en la que habíamos intentado quedarnos con su mérito, pero él se había defendido y había obtenido el trono. Así fue como Kevin comenzó su educación especial para convertirse en rey cuando su padre muriera...

Intentaba ser lo más discreta posible, pero Kevin no tardó en preguntarse a donde subía yo cada día. Aquel día amaneció sombrío y yo estaba distraída, cuando subí no me di cuenta de que Kevin me seguía hasta que fue demasiado tarde. Encontró la habitación de Ana y se quedó alucinado con su belleza, tanto, que inmediatamente exigió a sus padres cambiar de habitación quedándose con todo lo de Ana. Los reyes accedieron sin pensarlo

dos veces y Ana pasó a ocupar una habitación más grande pero mucho más fría y sosa.

No podía dejar de sentirme culpable por lo que había pasado, pese a que Ana no estaba enfadada pues pensaba que eso podía suceder algún día. Cayó en la cuenta de que se había dejado la piedra que encontraron en su cuna en su antiguo dormitorio. Cuando llegamos ya era tarde Kevin la examinaba con curiosidad. Ana perdió el control por primera vez y se enfrentó a su hermano, forcejearon y la piedra cayó por la ventana haciéndose añicos Ana no lloró, estuvo ausente durante unos días y finalmente me condujo a la playa, al lugar donde vimos a fénix la segunda vez. Seguía allí. La marea estaba alta y las olas salpicaban la astillada embarcación. Ana se puso frente al pájaro y este le tocó la frente con el pico como la última vez. Ana se metamorfoseó en una sirena y se adentró en el mar. La vi dar un salto como los delfines antes de perderla de vista. No volví a verla nunca más.

Yo seguí trabajando de mensajera muchos años más.

El tiempo se llevó a nuestro rey. Kevin ocupó su puesto y resulto ser un buen rey después de todo.

Y tengo el extraño presentimiento de que Ana es más feliz ahora.

**ARACELI MARTÍN FLORES, 11 años**

C.E.I.P. Vicente Aleixandre

Torre del Mar (Málaga)